

GLOSSAE

European Journal of Legal History



ISSN 2255-2707

Edited by

Institute for Social, Political and Legal Studies
(Valencia, Spain)

Honorary Chief Editor

Antonio Pérez Martín, University of Murcia

Chief Editor

Aniceto Masferrer, University of Valencia

Assistant Chief Editors

Wim Decock, University of Leuven

Juan A. Obarrio Moreno, University of Valencia

Editorial Board

Isabel Ramos Vázquez, University of Jaén (Secretary)

Francisco Calabuig Alberola, University of Valencia (Website Editor)

Anna Taitlin, Australian National University – University of Canberra

M.C. Mirow, Florida International University

José Miguel Piquer, University of Valencia

Andrew Simpson, University of Aberdeen

International Advisory Board

Javier Alvarado Planas, UNED; Juan Baró Pazos, University of Cantabria; Mary Sarah Bilder, Boston College; Orazio Condorelli, University of Catania; Emanuele Conte, University of Rome III; Daniel R. Coquillette, Boston College – Harvard University; Serge Dauchy, University of Lille; Salustiano de Dios, University of Salamanca; José Domingues, University of Lusíada; Seán Patrick Donlan, The University of the South Pacific; Matthew Dyson, University of Oxford; Antonio Fernández de Buján, University Autónoma de Madrid; Remedios Ferrero, University of Valencia; Manuel Gutan, Lucian Blaga University of Sibiu; Alejandro Guzmán Brito, Pontifical Catholic University of Valparaíso; Jan Hallebeek, VU University Amsterdam; Dirk Heirbaut, Ghent University; Richard Helmholz, University of Chicago; David Ibbetson, University of Cambridge; Emily Kadens, University of Northwestern; Mía Korpiola, University of Turku; Pia Letto-Vanamo, University of Helsinki; David Lieberman, University of California at Berkeley; Jose María Llanos Pitarch, University of Valencia; Marju Luts-Sootak, University of Tartu; Magdalena Martínez Almira, University of Alicante; Pascual Marzal Rodríguez, University of Valencia; Dag Michaelsen, University of Oslo; María Asunción Mollá Nebot, University of Valencia; Emma; Montanos Ferrín, University of La Coruña; Olivier Moréteau, Louisiana State University; John Finlay, University of Glasgow; Kjell Å Modéer, Lund University; Anthony Musson, University of Exeter; Vernon V. Palmer, Tulane University; Agustin Parise, Maastricht University; Heikki Pihlajamäki, University of Helsinki; Jacques du Plessis, Stellenbosch University; Merike Ristikivi, University of Tartu; Remco van Rhee, Maastricht University; Luis Rodríguez Ennes, University of Vigo; Jonathan Rose, Arizona State University; Carlos Sánchez-Moreno Ellar, University of Valencia; Mortimer N.S. Sellers, University of Baltimore; Jørn Øyrehagen Sunde, University of Bergen; Ditlev Tamm, University of Copenhagen; José María Vallejo García-Hevia, University of Castilla-La Mancha; Norbert Varga, University of Szeged; Tammo Wallinga, University of Rotterdam; José Luís Zamora Manzano, University of Las Palmas de Gran Canaria

Citation

Juan Alfredo Obarrio Moreno, “Enrique Gómez Royo: Semblanza de un insigne romanista”, *GLOSSAE. European Journal of Legal History* 14 (2017), pp. 1-10 (available at <http://www.glossae.eu>)

Enrique Gómez Royo: Semblanza de un insigne romanista

Enrique Gómez Royo: Portrait of a distinguished Roman Lawyer

Juan Alfredo Obarrio Moreno
Universidad de Valencia

Resumen

El presente artículo pretende esbozar algunas de las particularidades que definen el legado que ha dejado el profesor Enrique Gómez Royo a lo largo de su vida académica; un legado que, a nuestro juicio, se podrían resumir en con tres caracteres: profundo humanista, gran docente, mejor persona.

Abstract

This article aims to outline some of the peculiarities that define the legacy left by Professor Enrique Gómez Royo throughout his academic life; A legacy that, in our opinion, could be summarized in three characters: deep humanist, great teacher, better person.

Palabras clave

Docencia – Derecho Romano - Universidad

Keywords

Teaching - Roman Law - University

Sumario: I. Legado humano. 2. Legado docente. 3. Legado investigador – Legado humanista. 4. Epílogo. 5. Bibliografía

1. Legado Humano

Quienes conocemos al Profesor Enrique Gómez sabemos que es un Maestro *ex auditu, ex lectione y ex devotione*. Quienes tenemos la fortuna de compartir su vivencia universitaria, admiramos su fuerza comunicativa, su intercambio fecundo y apasionado sobre la Cultura Clásica y el mundo de la Filosofía. Una verdad personal y docente que podríamos sintetizar recogiendo de la Retórica cuatro infinitivos que hacen referencia, en mayor o menor grado, tanto a su visión de la docencia y de la vida universitaria, como a su persona: *Movere*: Mover, impulsar a la acción, la transformación de la conducta y el orden social. *Commovere*: Conmover, emocionar, estimular. *Docere*: Enseñar, transmitir conocimientos, ideas, valores. *Delectare*: Divertir, entretener, disfrutar, gozar.

Karl Popper nos enseña que “la búsqueda de la verdad sólo es posible si hablamos sencilla y claramente, evitando complicaciones y tecnicismos innecesarios. Para mí, buscar la sencillez y lucidez es un deber moral de todos los intelectuales: la falta de claridad es un pecado y la presunción un crimen”¹. A esta sencillez y a esta verdad me atengo para hablar de un compañero y de un amigo al que se le homenajea en esta edición de la revista *Glossae. European Journal of Legal History*.

¹ Popper, K., *El conocimiento objetivo*, Madrid, 1982, p. 51.

Mirando a la Antigüedad, uno advierte que esta posmodernidad nuestra no ha avanzado mucho, más bien ha retrocedido en algunos aspectos. Y lo ha hecho porque, por desgracia, cada vez somos más reticentes a la hora de reconocer los méritos de aquellas personas que por su talento o por su buen hacer han dejado una huella indeleble en la sociedad o en la Cátedra. Y aún somos más reticentes cuando se hallan presentes en nuestras vidas. Un error o una desidia que no estamos dispuestos a asumir.

Tuve la fortuna de conocer al Profesor Enrique Gómez Royo a una edad todavía relativamente temprana. Fue en el verano de 1997. Me acababa de incorporar a la Universidad de Valencia. Mi sorpresa fue que Enrique nos convocaba para iniciar un Seminario sobre el *Praefacio* de Mommsen al Digesto, con el fin de desentrañar y poner de relieve algunos aspectos de su fijación y edición, de forma que fuéramos comprendiendo por qué la doctrina posterior, en concreto Kantorowicz, sintió la necesidad de abordar y someter a revisión la edición de Mommsen.

Con los años comprendí que su experiencia como lector le había enseñado que siempre que nos acercamos a la lectura de un libro tomamos como referencia otros libros; libros que nos conducen a otras épocas, a otros lugares, porque todo libro, como todo relato, es una mera parada, un promontorio, una habitación transitoria de otros cuartos, de otras vidas, de otros libros²; libros que hacen que con su lectura nos demos cuenta de que “Algo distinto hay cada vez que la abrimos”³.

En aquel Seminario, que posteriormente tuvo su continuación en diversos seminarios sobre el estudio del latín, aprendí de Enrique que la lectura de un texto es un trabajo de conjetura. Aprendí que para resolver la encrucijada, el lector se puede valer de un *thesaurus*, de un repertorio implícito de signos, paráfrasis y de referencias adicionales que el autor del texto propone para su comprensión. De no hacerlo, la impericia del lector puede alterar el contenido del texto, desvirtuándolo. Por esta razón, siempre nos indicó, bien en privado o en los coloquios que manteníamos –y que afortunadamente seguimos manteniendo–, que para evitar que una obra pierda su notoriedad y su naturaleza, a todo lector se le ha de exigir un esfuerzo de comprensión lectora que nos permita realizar una adecuada interrelación acerca de la *intentio auctoris*, de la *intentio lectoris* y de la propia *intentio operis*⁴. Una visión muy propia de la Semiótica, y muy propia de los hombres que gozan de la Cultura y del Saber⁵.

El campo de la crítica textual, entendida como *techne* cuyo objetivo se centra en determinar y establecer la forma originaria que pudo tener un escrito y, en nuestro caso, un escrito de un jurista, tiene como único punto de partida o *a quo* el de su historia o tradición, es decir, parte en concreto del momento en que un texto nos es accesible y retrocede, a través de su manifestación escrita a lo largo de la historia, hasta alcanzar la

² Eco, U., *Apostillas a El nombre de la rosa*, Madrid, 1984, p. 34. Citamos por la edición en línea: www.bibliotecaisp4.esy.es/

³ Borges, J. L., “Nube I”, *Los Conjurados, Obras Completas 1975-1985*, Buenos Aires, 1989, “La Odisea/que cambia como el mar/Algo distinto hay cada vez que la abrimos”.

⁴ Eco, U., *Los límites de la interpretación*, Barcelona, 1992, pp. 16-37.

⁵ Eco, *Apostillas*, p. 21: “Cuando la obra está terminada, se establece un diálogo entre el texto y sus lectores (del que está excluido el autor). Mientras la obra se está haciendo, el diálogo es doble. Está el diálogo entre ese texto y todos los otros textos escritos antes (sólo se hacen libros sobre otros libros y en torno a otros libros), y está el diálogo entre el autor y su lector modelo”.

que presumiblemente pudo ser su primera forma escrita, forma originaria con la que pudo salir de la mano de su autor.

Sin duda, ésta es una tarea que no todo lector, ni siquiera todo profesor, puede alcanzar, pero a esta hermenéutica es a la que Enrique Gómez nos exhortaba, no desde una *auctoritas* mal entendida, sino con la finalidad de que pudiéramos ser capaces de rastrear las distintas rutas intertextuales que un texto jurídico ofrece. En el fondo, nos estaba pidiendo que nos convirtamos en lo que Umberto Eco denomina “Lector Modelo”, un lector no ingenuo, ni lineal, sino cuidadoso, avezado, crítico, capaz de rastrear los distintos fragmentos que la historia⁶ nos proporciona⁷.

En ese momento pensé que nos pedía un imposible: escrutar una hermenéutica a la que muy pocos podían llegar. Con el tiempo, y, sobre todo, con el continuo trato personal, siempre afable y distendido, me he dado cuenta de mi error. Enrique, como buen profesor universitario, y como reputado latinista, sabe –con Carr– que “historiar significa interpretar”⁸, interpretar los hechos a través de los textos que poseemos; de ahí la importancia que siempre otorga a la fidelidad de la traducción y transcripción, es decir, a la necesidad de que el traductor se muestre fiel a las palabras del texto original. Y al recordárnoslo, nos estaba mostrando una preocupación que se encuadra dentro de la tradición humanista de autores como Louis Blaubloom, quien, tras denunciar la corrupción textual a la que habían llegado las ediciones de los libros en el siglo XVI –*prava lectio*–, proclamó la necesidad de la restauración del antiguo esplendor del que habían gozado las citas o las transcripciones de los textos jurídicos romanos –*veterem nitorem restituere*–. Por esta razón, no dudó en afirmar que cuanto más excelente era una obra, tanto más ignominiosa resultaba maltratarla. Un desdén que no venía provocado por la siempre fatigosa reedición de los libros, sino por las corruptas lecturas o por la introducción –o mera invención– de voces griegas que alteraban la belleza de los textos jurídicos⁹. Voces griegas que él conoce como pocos romanistas, y de las que nos hace partícipe en sus constantes y aleccionadoras referencias a los clásicos.

Sí, con el tiempo comprendí que el Enrique profesor y el Enrique amigo nos estaba proponiendo que nos acercáramos a una visión humanista de la vida y de la Cultura que se aleja de los cánones que dictan la Reforma de los Planes de Estudio, una reforma incardinada hacia el rendimiento económico y la tecnificación del saber, que ha llevado a primar más el pragmatismo, el positivismo y el cientificismo que aquellos otros saberes herederos del tradicional programa de las artes liberales, de unas artes que se incoaron en la Antigüedad clásica, de unos saberes que Enrique –y nosotros con él – reivindicamos por ser los pilares sobre los que se edificaron las catedrales del saber, que

⁶ De nuevo, Borges, J. L., “El jardín de senderos que se bifurcan”, *Ficciones*, Obras Completas, Barcelona, 2005, p. 478, cuando afirma que la obra de Ts’ui Pên “es una enorme adivinanza, o parábola”, a la que únicamente se puede llegar a través “de los meandros de su infatigable novela”.

⁷ Eco, U., *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, 1981. En su p. 70 señala que el texto literario es esa *machina pigra*; una máquina que contiene en sí los elementos que autorizan su lectura, pero como máquina perezosa, necesita de la activa cooperación del lector. En análogo sentido, Eco señalaba que hay libros más fáciles de reseñar, explicar y comentar en voz alta que de leer por cuenta propia, porque sólo adoptando la posición de comentarista es posible seguir sus argumentaciones, captar sus inexorables implicaciones lógicas y abarcar los núdulos esenciales de la cuestión. Cfr. Eco, U., *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, 1981, p. 383.

⁸ Carr, E. H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 2010, pp. 68-69.

⁹ Troje, H. E., “Sobre la crítica y algunas ediciones de textos en la jurisprudencia humanística”, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* 31 (2009), pp. 259-275.

no son otras que las Universidades, en cuyas puertas están esculpidas los diálogos críticos que las tradiciones sostuvieron con las utopías.

Por esta razón, Enrique Gómez no se equivoca cuando nos comenta que la duda es el motor que nos lleva a peregrinar en la búsqueda del conocimiento. De esta piel está conformada la Cultura. Porque Cultura es la grata aventura del palimpsesto, de ese texto cuya lectura está permanentemente por hacer y rehacer, y no del saber efímero que nos quieren vender o regalar. Porque la Cultura, como la educación, salvo que sea *low cost*, como dicen ahora los *snoobs*, se dispone siempre a revalidar un saber que está por encima de nuestras penurias y flaquezas, y lo está porque hace de la pregunta su razón de ser, de su existir.

Y no se equivoca cuando nos comenta que frente al *ágora*, la *eclessia* y el *oikos* que los griegos pensaron como fundamentos de la *polis*, la razón moderna los ha sustituido por la primacía del mercado, ese nuevo becerro de oro que ha decidido que la única legitimidad es la que deviene de un nuevo y reluciente algoritmo que parece esculpido por los tecnócratas de *Wall Street*: mínimo tiempo -mínimos costes- máxima rentabilidad. Sin embargo él me enseñó que el tiempo se estira como un acordeón: sólo depende de nuestra capacidad de trabajo y de nuestro deseo por aprender. A él se lo debo, como tantos otros ejemplos que me ha ido proporcionando en estos veinte años de fructífera convivencia académica.

2. Legado docente

Si tuviera que definir al profesor Enrique Gómez Royo diría que es un socrático en el sentido más pleno de la acepción, porque su forma de concebir la enseñanza va más allá de los postulados de los sofistas, de los que no reniega, porque en su forma de entender la transmisión del saber siempre tiene cabida la *techné*.

La idea que sostuvo Zubiri cuando afirmaba que no es que los griegos fueran los clásicos, sino que los griegos éramos nosotros, ya que “somos, en cierto modo, todo nuestro pasado”¹⁰, se halla presente en buena parte de la Historia del pensamiento¹¹, y, en particular, en la vida académica de Enrique Gómez, que sabe, como pocos, que “El espíritu griego, formado en la legalidad del mundo exterior, pronto descubre también las leyes interiores del alma y llega a la concepción objetiva de un cosmos interior”, hasta despertar al hombre de su largo letargo¹².

Sabemos poco sobre los sofistas, pero lo que nos interesa resaltar es que a pesar de que Platón los ridiculiza en la mayoría de sus diálogos socráticos, fueron los primeros que pusieron los fundamentos de la pedagogía y de la formación intelectual, tal y como hoy la concebimos. En este sentido, como aclara Jaeger, los sofistas

¹⁰ Zubiri, X., “El acontecer humano. Grecia y la pervivencia del pasado filosófico”, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1976, p. 312.

¹¹ Jaeger, W., *Paideia, Los ideales de la cultura griega*, México-Buenos Aires, 1962, p. 4: “Por muy alto que estimemos las realizaciones artísticas, religiosas y políticas de los pueblos anteriores, la historia de aquello que, con plena conciencia, podemos denominar nosotros cultura, no comienza antes de los griegos”.

¹² Jaeger, *Paideia*. p. 152. En p. 137: “[...] el logos, puesto que sólo éste nos enseña a “actuar despiertos” y los que no lo tienen “actúan dormidos. Así el logos debe darnos una nueva vida sapiente”.

concibieron la educación como *techné*, como una técnica que alcanza un sentido de totalidad y de universalidad, muy distante de las técnicas propias de los profesionales que ejercen un oficio concreto, y que constituirá el rasgo o la esencia de la verdadera *paideia*, desligada definitivamente del ámbito religioso, para incorporarla al ámbito de la ética y de la política, lo que la caracteriza como una formación inherente al hombre, a un hombre que se convierte, en el aforismo de Protágoras, en la medida de todas las cosas¹³, una realidad que permite que se pueda afirmar que el humanismo fue una creación de la Antigüedad griega¹⁴, porque en Grecia la *paideia* constituía lo que los romanos llamaron la *humanitas* –cultura¹⁵–, y los alemanes *Bildung* –formación¹⁶–; una formación que concebía la educación como un saber que nace del lenguaje, del discurso y del pensamiento. Dialéctica, Gramática y Retórica¹⁷ se convierten, así, en el fundamento del nuevo saber, de un saber integrador¹⁸, en el que el *trivium* y el *quadrivium* y las matemáticas constituían los pilares de una educación¹⁹, que si bien no era estatal, sí que se puede afirmar que el Estado tenía un papel preponderante: “La educación ciudadana comienza propiamente cuando el joven, salido de la escuela, entra en la vida del estado y se halla constreñido a conocer las leyes y a vivir de acuerdo con su modelo y ejemplo. Aquí aprehendemos del modo más claro la transformación de la antigua *paideia* aristocrática en la moderna educación ciudadana”²⁰.

Este sentido de totalidad –de *humanistas*– está presente en el universo conceptual y pedagógico del profesor Gómez Royo. Pero su visión de la enseñanza va más allá: es más formativa, más integradora. Es más socrática. Y lo es porque no tiende, como los sofistas, a un mero juego verbal en el que se relativiza los opuestos entre sí, lo verdadero y lo falso, lo que les aleja de una verdadera *techné*. Tal y como ha escrito y expuesto el profesor Enrique Gómez, al valor práctico de la sabiduría se llega cuando se profundiza en la naturaleza de las cosas, y no por la persuasión de la palabra, cuando se posee un método de análisis y de estudio, y no una verdad estable e inquebrantable. Y así, lo atractivo de sus clases, de sus explicaciones y argumentaciones radica en que les hace ver a sus alumnos –y a nosotros– cuáles son los límites del pensamiento, del saber, hasta hacerles comprender que quien vive en el error, no puede conocer la verdad, porque desconoce su error. De esta forma, cuando atiende a un alumno o expone públicamente una lección, reitera que quien no tiene conciencia de sus límites, no puede conocer el alcance de su conocimiento, porque carece de la suficiente reflexión, lo que le conduce inexorablemente al error y a la ignorancia, ignorancia que nace por arrogarse un conocimiento en materias respecto de las que nada sabe. Una mirada socrática de la vida y del saber que nace de esa humildad que se pueden formular con el apotegma:

¹³ Protágoras, *Fragmento 4*.

¹⁴ Jaeger, *Paideia*, p. 275.

¹⁵ Maurrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, p. 283.

¹⁶ Horlacher, R., “Qué es Bildung? El eterno atractivo de un concepto difuso en la teoría de la educación alemana”, *Pensamiento educativo*, 51 (1), 2014, pp. 35-45, en p. 36: “Desde principios del siglo XIX, las ciencias de la educación en Alemania consideran Bildung como uno de sus conceptos centrales o como uno de sus principios fundamentales. Estos principios son los conceptos básicos fundamentales para la base teórica de una disciplina, y se podría decir que pertenecen exclusivamente a ella”.

¹⁷ Como señala Maurrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, pp. 257, la retórica, al situarse por encima de la filosofía, se convirtió en “la reina de la enseñanza”: Para la mayoría de los estudiantes, cursar estudios superiores significa oír las lecciones del retórico, iniciarse con él en el arte de la elocuencia”.

¹⁸ Maurrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, pp. 276-280.

¹⁹ Jaeger, *Paideia*, p. 290.

²⁰ Jaeger, *Paideia*, pp. 283-84.

*sólo sé que no sé nada*²¹, aunque él sepa de una sabiduría que, por antigua e ilustrada, le permite enseñar y guiar por el camino de la reflexión y de la argumentación.

Y es en su preciso uso de la oratoria, así como en su extenso andamiaje cultural, donde sus alumnos y sus discípulos han encontrado en el Enrique profesor una atracción especial, porque, como leemos en *Fedro*, sólo la erudición del diálogo permanece, porque sólo las palabras pronunciadas vuelan, reverberan, resuenan, no así los escritos, que permanecen silentes, quietos y sin vida en un mortecino papel²². Un arte que él conoce y practica con elegancia y mesura, porque sabe que aunque la oralidad sigue siendo un elemento diferenciador entre el mundo antiguo y el moderno, es –y seguirá siendo– el fundamento de nuestra cultura y de la educación humanística, a la que se ha entregado en cuerpo y alma.

3. Legado investigador – legado humanista

A mi juicio, el profesor Enrique Gómez Royo no es un romanista al uso. Dicho así, de forma tajante y sin ninguna aclaración podría entenderse como una provocación, cuando no un desdoro para su persona. Nada más lejos de la realidad. El profesor Gómez, es mucho más que un romanista: es un humanista. Uno de los pocos humanistas que le quedan a esta bendita profesión.

En efecto, el profesor Enrique Gómez Royo entronca con esa tradición histórico-cultural llamada humanismo, que si bien es un término moderno²³, con él se viene a plasmar ese ideal de renovación en todos los ámbitos del saber y de la política, en “una línea de continuidad de hombres de letras que se transfieren ciertos saberes de unos a otros y se sienten herederos de un mismo legado [...] De suerte que ni siquiera sería exagerado afirmar que el humanismo fue en muchos puntos el proceso de transmisión, desarrollo y revisión de las grandes lecciones de Petrarca”, un saber y una tradición “que los pioneros soñaron para los renacidos *Studia Humanitatis*”²⁴.

En este sentido, cabe afirmar que los humanistas, o como les denomina Burckhardt, esas “brillantes generaciones de poetas-filólogos”²⁵, al situar en el centro del saber renacentista los *Studia Humanitatis*, retomó como propios el estudio de las lenguas clásicas, tanto el griego como el latín, así como el de sus más significados

²¹ Platón, *Apología*, Madrid, 2015, 21d.

²² Platón, *Fedro*, Madrid, 2015, 274b: “Sócrates. Así pues, el que piensa que al dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa ingenuidad y, en realidad, desconoce la predicción de Ammón, creyendo que las palabras escritas son algo más, para el que las sabe, que un recordatorio de aquellas cosas sobre las que versa la escritura”.

²³ Rico, F., *El sueño del humanismo (Erasmus a Petrarca)*, Madrid, 1993, p. 12, sostiene que es difuso, ya que “designa un proyecto educativo del Diecinueve temprano” que “solo después se aplicó retrospectivamente, tanteando, el marco de un Renacimiento entonces todavía poco explorado”. En análogo sentido, en p. 168 afirma: “Humanismo es palabra moderna y se presta a empleos polémicos”.

²⁴ Rico, *El sueño del humanismo*, o pp. 13-13.

²⁵ Burckhardt, J., *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, 1982, p. 149: “Desde el comienzo del siglo XIV se habían sucedido las brillantes generaciones de poetas-filólogos que difundieron por Italia y por el mundo el culto de la Antigüedad, influyeron decisivamente sobre la cultura y la educación, dirigieron a menudo los negocios del Estado y reprodujeron en la medida de sus fuerzas la literatura antigua”.

autores y textos²⁶, cuyo conocimiento, como señalaron Petrarca o Lorenzo Valla, permitiría una nueva sociedad gobernada por el mundo de las letras. En efecto, para los humanistas, la lengua o la literatura, los textos y los escritores facilitaban la reconstrucción social y cultural de toda una civilización, el advenimiento de un nuevo mundo, que se plasmaba en el resurgir de la pintura, la escultura, la pintura, el latín, la gramática o la Historia²⁷; una cultura que de repente se había convertido en la única llave capaz de abrir las puertas del saber, la única que podía mostrar los caminos inéditos y aún no explorados por la conciencia del hombre; y en ese caminar, la Antigüedad se mostró como un caudal inagotable de ciencia y conocimiento, de esa visión global del mundo y de los saberes que no cierra ningún horizonte práctico ni teórico, sino que, a partir de la comprensión de los clásicos, se centra en las materias del *trivium* –según fueron comprendidas por los escritores grecolatinos–, para situar al hombre como centro del pensamiento renacentista.

Si entre los romanistas hay una persona que reúna estas condiciones, a buen seguro Enrique Gómez está entre ese reducido grupo de profesores que han adoptado el griego y el latín como lengua propia, y el saber de la Antigüedad como un conocimiento cercano y siempre querido, a ese saber que le conduce a la búsqueda de una nueva meta, a un nuevo camino, que no es otro que “el camino griego y romanizado de las artes”²⁸, un camino que, por fructífero, recorrió Europa desde el siglo XV hasta finales del siglo XVIII, moldeando su pensamiento y su sistema de valores²⁹.

Valga como simple ejemplo su última y valiosa aportación: *Las sedes históricas de la cultura jurídica europea*, publicada en Valencia, en 2010.

Ciertamente quienes hemos tenido la fortuna de estar buena parte de nuestra vida académica en el ámbito de la cátedra del Profesor Gómez Royo, conocemos su pasión por la Ciencia de la Antigüedad, de la que nos ha hecho partícipes, no sólo con su constante reivindicación por el estudio del latín como herramienta básica de conocimiento de todo romanista, sino con su ejemplo, su magisterio y su siempre paciente y fraternal consejo, por lo que no nos sorprende la profundidad y la claridad expositiva que se atesora en esta obra de 631 páginas, que se leen con gozo y admiración.

La obra es el reflejo de los muchos años de investigación que ha dedicado al estudio de la cultura jurídica clásica, lo que se refleja en que éste no es un estudio sobre un período o un autor concreto, es algo más, es una reflexión serena de una Cultura y de un Derecho –el griego y el romano– al que únicamente se puede llegar tras un largo y laborioso itinerario académico, porque sólo desde su saber se puede recorrer el itinerario del origen la Cultura: desde su nacimiento en Grecia, hasta el final de la época romana.

²⁶ Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, p. 147: “Se les consideraba como fuentes de todo conocimiento, en sentido absoluto”.

²⁷ Rico, *El sueño del humanismo*, p. 20.

²⁸ Fontán Pérez, A., *Artes ad humanitatem*, Pamplona, 1957, p. 15.

²⁹ Bullock, A., *La tradición humanista en Occidente*, Madrid, 1989, p. 48: “¿Qué necesidad hay de usar palabras cuando se puede observar claramente la obra de esa sucesión de grandes artistas que va de Donatello, pasando por Rafael, hasta Tiziano? Es una imagen del hombre que, en toda su variedad [...] expresa visualmente la creencia fundamental del humanismo en la dignidad esencial de la persona humana”.

De su lectura aprendemos que la *oikouménē* antigua tardía fue, como *Imperium*, una creación del poder fáctico de Roma, pero sus ideales culturales descansaron fundamentalmente en el ideario de la formación o *paideía* griega, que pervivió en la escuela helenístico-romana, y también en la enseñanza elemental, el *Trivium*, formado por la Gramática, la Lógica (dialéctica) y la Retórica, que, junto con las disciplinas superiores, formaron la *Artes liberales*. Éstas fueron las vías de acceso a la Cultura europea. Así, la Gramática tuvo como cometido sustantivo dotar de seguridad y de fijeza la hermenéutica de los textos; la Retórica conservó la misión de engarzar y de ordenar la materia del discurso; la Dialéctica fue la *techne* de la controversia, la argumentación lógica en Teología, Filosofía y Jurisprudencia. Por esta razón, el autor viene a reconocer que los fundamentos metodológicos de la Ciencia jurídica del Medioevo se justificaron a partir de sus presupuestos de partida. Así, la *techne* didáctica del *studium civile* de Bolonia conectó con la tradición ligada al *Trivium*, la exégesis textual, técnica en la que los glosadores trataron de reconstruir los textos y explicarlos internamente, ya libres de contradicciones.

Pero más allá de sus valoraciones jurídicas, históricas y filosóficas, así como de su adecuada exégesis de las fuentes literarias y jurídicas aportadas, su lectura nos permite redescubrir –una vez más– una formación académica muy alejada de los cánones actuales. Una formación académica que le hace convivir con los textos griegos de Aristóteles o con los discursos latinos de su “amigo” Cicerón. Nada que no sepamos. Nada que no hayan advertido sus colegas europeos. Porque nada de la cultura greco-latina le ha sido ajeno a su interés y a su estudio.

4. Epílogo

“La ingratitud me parece cosa ruin, indigna y horrible. En efecto, quien ha recibido un beneficio y al menos no intenta agradecerlo con unas palabras siquiera, o es enteramente insensato o insensible a los favores, o es un desmemoriado. No obstante, el que se da cuenta y reconoce enseguida los beneficios recibidos, si no guarda el recuerdo para más adelante o no lo agradece de alguna manera al autor de dicho beneficio, ese tal es un insensible, un desagradecido y un impío: faltas imperdonables en todo hombre, sea grande o pequeño”³⁰.

No por sabidas son menos ciertas las palabras dirigidas por Gregorio Taumaturgo a Orígenes, pero en estos tiempos de ingratitud y de penuria intelectual, cabe recordarlas y hacerlas públicas. Y cabe hacerlo porque el fecundo magisterio de Enrique Gómez Royo ha dado sentido a la trayectoria de sus alumnos, discípulos y de cuantos nos congratulamos de conocer a este maestro y pensador de la Historia de la Antigüedad, un hombre afable y sensible que vive bajo el signo de la amistad.

5. Apéndice bibliográfico

Borges, J.L., “El jardín de senderos que se bifurcan”, *Ficciones*, Obras Completas, Barcelona, 2005.

Borges, J.L., “La Odisea/que cambia como el mar/Algo distinto hay cada vez que la abrimos”, *Obras Completas 1975-1985*, Buenos Aires, 1989.

³⁰ Taumaturgo, G., *Elogio del maestro cristiano*, Madrid, 1994, p. 110.

- Borges, J.L., “Nube P”, *Los Conjurados, Obras Completas 1975-1985*, Buenos Aires, 1989.
- Bullock, A., *La tradición humanista en Occidente*, Madrid, 1989.
- Burckhardt, J., *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, 1982.
- Carr, E.H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1978.
- Eco, U., *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, 1981.
- Eco, U., *Apostillas a El nombre de la rosa*, Madrid, 1984.
- Eco, U., *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, 1981.
- Eco, U., *Los límites de la interpretación*, Barcelona, 1992.
- Fontán Pérez, A., *Artes ad humanitatem*, Pamplona, 1957.
- Horlacher, R., “Qué es Bildung? El eterno atractivo de un concepto difuso en la teoría de la educación alemana”, *Pensamiento educativo* 51, 1 (2014).
- Maurrou, H.-I., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 2004.
- Platón, *Apología*, Madrid, 2015.
- Platón, *Fedro*, Madrid, 2015.
- Popper, K., *El conocimiento objetivo*, Madrid, 1982.
- Rico, F., *El sueño del humanismo (Erasmus a Petrarca)*, Madrid, 1993.
- Taumaturgo, G., *Elogio del maestro cristiano*, Madrid, 1994.
- Troje, H.E., “Sobre la crítica y algunas ediciones de textos en la jurisprudencia humanística”, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* 31 (2009).
- Werner, J., *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México-Buenos Aires, 1962.
- Zubiri, X., “El acontecer humano. Grecia y la pervivencia del pasado filosófico”, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1976.